

Los Ritos Iniciales de la Eucaristía

Dios nos ama tal y como somos

La celebración de la Eucaristía comienza “poniéndonos en nuestro sitio”. *¿Cómo estás? ¿Cómo te encuentras? ¿Qué llevas dentro de tu corazón?* Eso es de alguna manera lo que Jesús nos plantea al inicio del encuentro con Él. Los Ritos Iniciales expresan los **brazos abiertos** del Padre que nos acogen en nuestra realidad concreta y nos invita a la fiesta, al regalo, a la esperanza, a todo lo que sucederá después en la Santa Misa. Podemos sentirnos a gusto, porque estamos en Casa. Hay Padre, hay hermanos que en torno a la Mesa del Altar vamos a ser alimentados y sostenidos porque todos somos hijos pequeños que Dios quiere cuidar.

Los Ritos iniciales de la Eucaristía expresan esa acogida del Padre y de su Iglesia, entrando en el Amor gratuito e incondicional de **Dios que nos ama**.

Abrir los ojos y el corazón

Es bueno preparar la celebración teniendo en cuenta dos puntos importantes: el **silencio** que abre el interior y donde me hago consciente que en la Santa Misa va a suceder algo maravilloso y **cayendo en la cuenta** que voy a vivirlo con otras personas que son mis hermanos. La experiencia del silencio antes de la Eucaristía, orar, me dispone al encuentro con el Señor Jesús; mirar a mi hermano, saludar, tener actitudes cordiales con los que están sentados conmigo ayuda a poner calor fraterno. No vengo a celebrar mi Misa sino nuestra Misa. Cristo viene al encuentro de su Familia a la que yo pertenezco junto a mis hermanos.

¿A qué vengo a la Eucaristía? ¿Qué espero? ¿Qué deseo? **Venimos a celebrar a Cristo Resucitado.**

Puestos en pie

Comenzamos poniéndonos en pie cuando llega el sacerdote y sube al altar. Esto no sólo es un signo de reconocimiento o de respeto al ministro que va a presidirnos sino que es un gesto litúrgico. “Ponerse en pie” es el gesto que en la Sagrada Escritura expresa el reconocimiento de la Presencia de Dios. Es el gesto de los que hemos sido levantados, alzados por Cristo, de los que hemos vuelto a nacer por el Sacramento del Bautismo. Al ponernos en pie hacemos un acto de Fe en la Presencia de Jesús entre nosotros, como Él nos ha prometido: *cuando dos o más se reúnen en mi Nombre allí estoy Yo en medio de ellos* (Mt 18,20). Esto nos ayuda a caer en la cuenta de que Alguien grande está con nosotros, estamos en un momento especial y único porque estamos en el Resucitado. Me pongo en pie porque quiero salir de mí mismo y no vivir sentado al borde del camino, parado o instalado en mi “yo”. Deseo cambiar y seguir al Maestro.

Tres oraciones clave en los Ritos iniciales: Yo confieso, Gloria y Oración colecta.

Comenzamos con la invocación de la Trinidad y el saludo del ministro. La Eucaristía remite al **Bautismo** que recibimos, donde volvimos a nacer *en el Nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*. Los que participamos en la Mesa del Señor estamos unidos porque somos hijos de un mismo Padre; somos hermanos. Familia en la fe y en el cariño de unos con otros.

Posteriormente el sacerdote extiende las manos saludando a la Asamblea: *El Señor esté con vosotros* (o algo parecido), abriendo sus brazos y mostrando las palmas de las manos.

Así hizo Jesús Resucitado al encontrarse con sus amigos: les enseñó las palmas de las manos. Este gesto nos recuerda la Presencia del Señor y a la vez, los brazos abiertos y las manos extendidas del Padre que acoge a todos.

- **Acto penitencial:** al inicio de la Eucaristía somos invitados a pedir perdón. ¿Pedir perdón? Sí. Porque los que hemos venido al Altar somos débiles y pecadores y necesitamos del abrazo amoroso de nuestro Padre. Sólo podemos vivir la Eucaristía desde la **humildad**, reconociéndonos pequeños. La oración del *Yo confieso* nos ayuda a entender esto. Humildad es “tomarme el pulso”, aceptar mi debilidad y mi pecado y pedir perdón por ello. *Soy yo quien he pecado. Sí, soy débil. Sí, soy pobre y por eso vengo hacia mi Padre.* Y lo confieso y pido ayuda a Dios y su Iglesia, la de la tierra y también a los que con nosotros celebran al Señor: María, los ángeles y los santos.
- **Gloria (himno angélico):** después del acto penitencial donde nos hemos puesto bajo el Amor y la ternura de nuestro Padre, en los domingos y fiestas recitamos o cantamos el “Gloria”. Hemos pedido perdón y Dios nos abre las puertas de su Corazón. **La Iglesia irrumpe en alabanza** porque la Eucaristía es siempre una fiesta, rezando con las mismas palabras de los ángeles en el nacimiento del Señor. El Dios que nació en Belén es ahora el que viene en la Santa Misa. ¿Por qué alabar? Nuestro motivo de alabanza, adoración y acción de gracias es siempre el mismo: **Jesucristo**. Gracias a Él hemos entrado en la vida de la Santísima Trinidad, a la que damos gloria en cada una de las partes del himno angélico. La **alegría** es siempre el distintivo de una fe auténtica. Por eso, la Misa es siempre alegre cuando la celebramos de corazón. Esta fiesta no depende principalmente de “llenar de cosas la liturgia para hacerla más entretenida” sino de la **Fe** en que somos inmensamente afortunados porque Dios nos ama y somos parte de su Familia, gracias a la muerte y resurrección de Cristo.
- **Oración colecta:** los Ritos Iniciales concluyen con una oración donde se recogen (colecta) todos los sentimientos y deseos de la Iglesia en la liturgia propia de ese día. Y acaba con una mención a la Trinidad: *por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo, y es Dios, por los siglos de los siglos.* Amén. De esta manera hemos entrado ya en la celebración.

La relación de la Eucaristía y el Bautismo

En muchos momentos de la Santa Misa descubrimos signos, gestos y palabras que hacen memoria del Bautismo. Son dos Sacramentos que van unidos. El alba que lleva el sacerdote y los acólitos, las velas encendidas del Altar, la aspersion del agua bendita, la recitación del Credo, la oración del Padrenuestro. El regalo que recibimos en el Bautismo, en forma de semilla, se fortalece y crece en la Eucaristía. En el primero se nos abrió la puerta de la Iglesia comenzando a ser hijos de Dios en Cristo. El Padre ahora nos reúne en su Casa, nos cuida y nos alimenta.

En cada Eucaristía se renueva la palabra de Dios Padre que nos dice:

Tú eres mi hijo amado, mi preferido